

hombres celestiales, espirituales, castos, fieles, caritativos que esperábais? ¡Ah, católicos! los antiguos justos fueron cristianos antes del nacimiento de la fe, y nosotros somos judíos aun despues de haber recibido el Evangelio; vivimos solamente para la tierra, no conocemos mas bienes verdaderos que los presentes, toda nuestra religion está en los sentidos; hemos recibido mas ausilios, pero no por eso somos mas fieles.

Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesucristo se debe añadir el de sus obras y prodigios, que es el segundo carácter resplandeciente de su ministerio. Sí, católicos, aun cuando el cielo no le hubiera prometido á la tierra con tanta magnificencia, aun cuando no hubiera sido, como fué en las primeras edades, la sola ocupacion y esperanza del universo, ¿cómo se manifiesta en la tierra? ¿vióse acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras y en todas las circunstancias de su vida?

Digo primeramente en sus obras y prodigios. Bien sé, como acabo de decir, que en los siglos anteriores hubo en la tierra hombres extraordinarios, á los que parecia que el Señor habia hecho depositarios de su virtud y poder. Moisés, tanto en Egipto como en el desierto, parecia dueño del cielo y de la tierra; en los siglos siguientes, Elías vino á presentarse á los hombres con el mismo poder; pero si se miran atentamente todos estos hombres milagrosos, aun en su mismo poder tenian impresos los caracteres de flaqueza y dependencia.

Moisés no obraba sus maravillas sino con la vara misteriosa; sin ella era un hombre flaco y sin poder, y parece que el Señor habia vinculado la virtud de los milagros en aquel árido leño, como para dar á entender á los israelitas que el mismo Moisés no era entre sus manos mas que un

instrumento frágil de quien queria servirse para obrar maravillas: Jesucristo, aun sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su ropa cura las mas desesperadas enfermedades. Moisés no comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros, porque en él era un don extraño que habia recibido del cielo y del que no podia disponer; Jesucristo deja á los suyos un poder aun mayor del que él mismo habia manifestado: Moisés obra siempre en el nombre del Señor; Jesucristo lo obra todo en su propio nombre y sus obras son las obras de su Padre: no obstante, aquel Moisés que no habia sido anunciado como Jesucristo, que no perdonaba los pecados como él, que no decia ser igual á Dios, sino solamente su siervo fiel; aquel Moisés, temiendo que despues de su muerte le hiciesen sus prodigios ser tenido por Dios, toma sus medidas para que la credulidad de su pueblo no le tribute honores divinos en los siglos futuros; quiere que se ignore en la tierra su sepulcro; se retira al monte para morir donde no le vean sus hermanos, temiendo que vengan á ofrecerle sacrificios al sepulcro, y oculta para siempre su cuerpo á la supersticion de las tribus; ni aun á sus discípulos se manifiesta despues de su muerte; conténtase con dejarles la ley de Dios y hace los posibles esfuerzos para que le olviden; y Jesucristo, despues de todos los prodigios que obró en Judea, despues de todas las predicciones que le habian anunciado, despues de haberse manifestado como Dios en la tierra, su sepulcro es conocido de todo el orbe, expuesto á la veneracion de todos los pueblos y de todos los siglos; aun despues de su muerte se manifiesta á sus discípulos: ¿era por ventura menos temible en este caso la supersticion? ¿ó era acaso Jesucristo menos celoso que Moisés de la gloria del Soberano Ser y de la salud de los hombres?

Es verdad que Elías resucita muertos; pero tiene precisión de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita; sopla, se encoge, se agita, de donde se infiere que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida; Jesucristo resucita los muertos como si hiciera cualquiera acción comun de la vida; habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente da á conocer que es el Dios de los muertos como el de los vivos, y nunca mas tranquilo que cuando obra las mayores maravillas.

Finalmente, los poetas nos representan á sus sibilas y sacerdotisas como furiosas cuando pronosticaban lo futuro; parece que no podian sufrir la presencia del espíritu impostor que en ellas habitaba; aun nuestros profetas cuando anunciaban las cosas futuras, sin perder el uso de la razon y sin salir de la gravedad y decencia de su ministerio, eran poseidos de un entusiasmo divino; muchas veces era preciso despertar en ellos el espíritu profético con el sonido de una lira. Bien se dejaba conocer que los animaba un impulso extraño, y que la ciencia de lo futuro y los misterios ocultos que anunciaban á los hombres, no los sacaban de su propio caudal; pero Jesucristo profetiza del mismo modo que habla; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, no le turba ni le sobrecoge, porque contiene en su espíritu todos los tiempos: los misterios futuros que anuncia no son en su alma luces repentinas é infusas que le turben, sino unos objetos familiares que siempre tiene presentes y cuyas imágenes halla en su interior, y todos los siglos futuros se comprenden bajo la inmensidad de su vista, como el presente dia que nos alumbra; por eso ni la resurreccion de los muertos ni la prediccion de lo futuro no turban su or-

dinaria tranquilidad; parece que está jugando cuando obra maravillas en el mundo, y si alguna vez da á entender que se turba y enfurece, es solo á vista del pecado y de la obstinacion de su pueblo, porque cuanto mayor es su santidad, tanto mas aborrece el pecado, y la sola cosa que el hombre-Dios puede ver con furor, es el espectáculo de una conciencia manchada con delitos.

Esta es la omnipotencia de Jesucristo; sus milagros no dan señal alguna de dependencia, y no contento con manifestarnos con esto que es igual á Dios, nos avisa que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra son tambien obra suya, y que las obras de su Padre son sus obras. ¿Teneis noticia de algun profeta hasta Jesucristo que haya hablado de este modo? ¿y que en vez de dar á Dios la gloria, como al Autor de todo don excelente, se haya atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

Pero, católicos, nosotros además de haber sido anunciados con Jesucristo, somos partícipes de su soberanía sobre todas las criaturas. El cristiano por la fe es dueño de la naturaleza; todo le está sujeto, porque él solo está sujeto á Dios. Todas sus obras, en algun sentido, deben ser milagrosas, porque todas deben derivarse de un principio sublime y divino, y exceder las fuerzas de la humana flaqueza. Debemos ser, por decirlo así, hombres milagrosos y dueños del mundo, despreciándole; elevados sobre las leyes de la naturaleza, sobrepujándolas; árbitros de los sucesos, sujetándonos á ellos, y aun mas fuertes que la muerte deseándola. Este es el sublime estado del cristiano. Es preciso, pues, que Jesucristo sea muy grande para haber levantado á tanto poder y grandeza á la flaqueza humana.

Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio, son las maravillosas y hasta entonces inauditas circunstancias que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé que vino pobre y humilde; pero entre esta exterior apariencia de oscuridad y desprecio, aun sus mismos enemigos se ven precisados á reconocer en él el resplandor de su divinidad.

Primeramente, aunque le miren como á un hombre semejante á nosotros, le creen, no obstante, formado por la operacion invisible del Altísimo en el seno de una Virgen de Judá, contra la ley ordinaria de los hijos de Adán. ¡Qué gloria esta, aun cuando no tuviera otra, para una pura criatura!

En segundo lugar: apenas nació, cuando las celestiales legiones hacen resonar los aires con cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento glorifica al Altísimo y trae la eterna paz á la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura que puede glorificar al Altísimo y no halla su gloria sino en sí misma? Pero despues un nuevo astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por esta misma luz, vienen estos hombres justos desde las extremidades de la tierra á adorar al nuevo Rey de los judíos.

Examinad todas las circunstancias de su vida; si María le presenta en el templo, un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza, y trasportados de una santa alegría, mueren contentos despues de haber visto á aquel á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones y gloria de Israel. Los doctores juntos en el templo, ven con admiracion su niñez mas sábia é ilustrada que toda la sabiduría de los ancianos: segun va creciendo, se va manifestando su gloria. El Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia y se tiene por in-

digno de servirle aun en los mas viles ministerios. El cielo se abre muchas veces sobre su cabeza y declara que aquel es el hijo amado. Los demonios espantados huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad, y confiesan que es el santo de Dios. Juntad, pues, tan nuevos y tan distintos testimonios, circunstancias tan extraordinarias é inauditas. ¿Quién es, pues, este hombre que se manifiesta en la tierra con tanto resplandor? ¿no tienen buena excusa los pueblos que le adoran?

Pero estos no son mas que unos débiles preludios de su gloria. Si se retira al Tabor, acompañado de tres discípulos solos, su gloria, impaciente, si es lícito decirlo así, de haber estado hasta entonces como cautiva bajo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; déjase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial, temiendo entonces que la gloria de Jesucristo fuese ocasion de error y de idolatría á los discípulos admirados y testigos del espectáculo, parece que hubiera debido avisarlos que este Jesus á quien veian tan glorioso, no era mas que su siervo y su enviado; pero al contrario, los declara que es su Hijo amado, en quien se complace, sin poner límites á los honores que quiere le tributen. Cuando Moisés se manifestó cercado de gloria y como trasfigurado en la montaña de Sinaí, temiendo que los israelitas, inclinados siempre á la supersticion, le tuviesen por un Dios bajado á la tierra, declaró al mismo tiempo el Señor desde lo alto del cielo, entre truenos y relámpagos: *Yo soy quien soy, y no adorareis mas que á mí solo.*¹ El mismo Moisés se presenta al pueblo llevando en las manos las tablas de la ley, como para darle á entender que aun en medio de la gloria de que le veian adornado,

¹ Exod. 3. Deutor. 6.

no era mas que un ministro y no autor de la ley santa; que á él solo le tocaba presentarla grabada en la piedra, y que solo Dios era quien podia imprimirla en los corazones; pero Jesucristo se manifiesta en el Tabor como legislador: el Padre Eterno no le da una nueva ley para que la traiga á los hombres; solamente los manda que le oigan, y se le presenta como legislador, ó por mejor decir, como su ley viva y eterna. ¿Qué más puedo decir, católicos? Si desde el Tabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debían consumarse todos los oprobios del Hijo del hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria y á su divinidad. Toda la naturaleza desordenada le reconoce allí como á su Autor; los astros que se ocultan, los muertos que resucitan, las piedras de los sepulcros que se abren y se rompen, el velo del templo que se rasga y la incredulidad misma que le confiesa por boca del Centurion; bien se conoce que no es un hombre comun el que muere, y que en este monte está pasando alguna cosa nueva y extraordinaria.

Muchos justos habian muerto antes de él á manos de los impíos. El palacio de Herodes acababa de ver la cabeza del Bautista hecha premio de la sensualidad: Isaías glorificó á Dios con una muerte terrible, y no obstante la sangre de los reyes de quienes descendía, no pudo su augusta ascendencia libertarle de las persecuciones, que son siempre la recompensa de la verdad y del celo. Otros muchos murieron por la justicia; pero no parecia que la naturaleza toda entera se interesase en sus trabajos. Los muertos no salian de sus sepulcros como para reprender á los vivos sus sacrilegios; nada de esto se habia visto aún en la tierra.

Recorred los demás misterios de su vida, en todos hallareis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres.

Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entonces nunca se habia visto), es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los profetas, y recibe en la tierra una vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna.

Si sube al cielo no es en un carro de fuego que le arrebatara de un golpe; él mismo se eleva con majestad: deja á sus amados discípulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista y para que rindan las debidas adoraciones á su divino Maestro. Los ángeles se presentan delante de este Rey de la gloria como para recibirle en su imperio, y consuelan á los afligidos discípulos prometiéndoles que volverá á la tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve al lugar de donde habia salido y que va á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

Cuando Elías fué arrebatado en el carro de fuego, no tuve por testigo de esta ascension milagrosa mas que á un solo discípulo; sucede ésta en un lugar apartado y distante de la vista de los demás hijos de los profetas, los que acaso mas crédulos y menos instruidos que Eliseo, hubieran en aquel instante tributado honores divinos á este hombre milagroso; pero Jesucristo sube al cielo rodeado de gloria á vista de quinientos discípulos; los mas débiles y aun aquellos en quienes estaba menos radicada la fe de la resurreccion, son llamados los primeros al santo monte; nada se teme de su credulidad; al contrario, se les sufren sus adoraciones, como sus pesares y lágrimas, y una vida llena de prodigios, tan inauditos hasta entonces en la tierra, se termina por último con una circunstancia aun mas maravillosa, y la que únicamente bastaria para hacerle mirar

como á un Dios y para eternizar el error y la idolatría entre los hombres.

Es cierto, católicos, que si los siglos paganos para justificar los impíos é insensatos honores que tributaban á sus legisladores, á los fundadores de los imperios y á otros hombres célebres, hacian decir á sus historiadores y poetas, que estos héroes no habian muerto, que solo habian desaparecido de la tierra, que siendo de naturaleza de dioses, habian subido al firmamento para ocupar en él su lugar con los demás astros (que segun ellos eran otras tantas divinidades que nos alumbran) y para gozar allí de la inmortalidad debida á su nacimiento divino; si una tan grosera ficcion bastó para mantener á los hombres idólatras por tanto tiempo, ¿qué impresion no debia hacer en los pueblos la verdad de este hecho? Y si el universo habia adorado á unos impostores que publicaban falsedades, ¿no hubiera tenido excusa en adorar á un hombre milagroso, á quien los mismos hombres vieron levantarse sobre los astros, cercado de gloria?

Pero advertid, católicos, que la accion de error no acabaria con Jesucristo; se nos anuncia tambien que parecerá al fin de los siglos en medio de los aires, rodeado de poder y majestad y acompañado de todos los espíritus celestiales; que todas las naciones juntas y temblando esperarán á sus piés la decision de su eterno destino; que pronunciará como Soberano su decisiva sentencia, que los Abrahames, los Moisés, los Davides, los Elías, los Bautistas, quanto ha habido grande y maravilloso en todos los siglos, estará sujeto á su juicio y á su imperio; que él solo se levantará sobre todo poder y toda dominacion, y sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra; que levantará su trono sobre las nubes al lado del Altísimo; que no solo pa-

recerá dueño de la vida y de la muerte, sino Rey inmortal de los siglos, príncipe de la eternidad, jefe de un pueblo santo y árbitro de todas las criaturas. ¿Quién es, pues, este hombre á quien el Señor ha comunicado tal poder? ¿Los muertos que se presentarán en su juicio, podrán ser condenados por haberle adorado, habiéndole visto revestido de tanta gloria, majestad y poder?

Para finalizar esta primera parte de mi discurso, os pido que hagais una reflexion, y es: que si en Jesucristo se hubiera hallado una larga vida, y en ella no mas que algun rasgo extraordinario y divino, se pudiera creer que el Señor algunas veces se complace en hacer resplandecer su gloria y su poder en sus siervos; por eso fué arrebatado Enoch; Moisés se trasfiguró en el monte santo, Elías subió al cielo sobre un carro de fuego, el Bautista fué anunciado; pero además de que estas eran circunstancias únicas y que el lenguaje de estos hombres milagrosos y de sus discípulos, hablando de la Divinidad y de sí mismos, no dejaba lugar á la supersticion ni al engaño; en Cristo hay un conjunto de maravillas, que cada una de ellas hubiera podido engañar la credulidad de los hombres; en él se hallan todos los rasgos repartidos en estos hombres extraordinarios que fueron mirados casi como dioses en la tierra, y aun de un modo mas glorioso y divino; profetiza, pero con mas majestad y con caracteres mas resplandecientes que el Bautista; se manifiesta trasfigurado en el monte santo, pero rodeado de mas gloria que Moisés; sube á los cielos, pero con mas señales de poder y de majestad que Elías; ve lo futuro, pero con mas claridad que todos los profetas; nace no solo de un vientre estéril como Samuel, sino tambien de una vírgen pura é inocente. ¿Pues qué he de decir? Y no solo no desengaña á los hombres con expresio-